Los tres cerditos

Colorea tu cuento



Este libro es de:

.....

Escucha el cuento

y sigue la historia.

Había una vez, en una mañana luminosa y llena de brisa, tres cerditos que empacaron sus cosas favoritas y salieron a construir sus propias casas. Su mamá los abrazó con fuerza y les dijo:

"Construyan con cuidado, ayúdense unos a otros y recuerden: un buen plan es más fuerte que un rugido."



Al primer cerdito le gustaba más la música que el trabajo. Encontró un campo de paja dorada y aplaudió de emoción.

"¡Ligera como una pluma y rápida como una canción! Terminaré antes del almuerzo y bailaré toda la tarde."

Suish, *suish*, amarra aquí. *Suish*, *suish*, amarra allá. Muy pronto, su casa de paja brillaba bajo el sol.



Al segundo cerdito le encantaban los chistes y los atajos. Recogió ramas debajo de los árboles.

"La paja será rápida, pero las ramas son dos veces más ingeniosas. ¡La mía será la casa de ramitas más elegante del bosque!"

Tac, *tac*, cruza las ramas. *Tac*, *tac*, amarra las ramas. Antes de la merienda, su casita de madera estaba lista.



A la tercera cerdita le gustaban los acertijos y el trabajo paciente. Eligió una colina, midió el terreno y apiló ladrillos rojos y firmes.

"Una buena casa toma tiempo", dijo. "Un ladrillo, un respiro. Un ladrillo, un respiro."

Trabajó durante todo el día. Sus hermanos la llamaron:

"¡Ven a jugar!"

Pero ella sonrió y respondió:

"Pronto. Primero el techo y después la diversión."



Esa noche, un lobo hambriento apareció caminando por el sendero. Su estómago sonaba como un tambor de mal humor:

¡RUM-RUM-RUM!

El lobo olió la cena cerca de la casa de paja y tocó tres veces.

Toc. Toc. Toc.

"Cerdito, cerdito, ¿me dejas entrar?"

El primer cerdito se asomó por la ventana.

"¡Ni aunque lo pidas con tu mejor sonrisa!"



El lobo tomó muchísimo aire.

"Entonces soplaré y soplaré, ¡y tu casa derribaré!"

Vamos a ayudarlo. Respiren con el lobo. Uno... dos... ¡tres!

¡FUUUUUUU!

La paja voló como una bandada de pájaros amarillos. El primer cerdito chilló, agarró su pequeño tambor y corrió hasta la casa de ramas de su hermano.



"¡Rápido! ¡Viene el lobo!"

El segundo cerdito abrió la puerta. "¡Entra! Tengo paredes de ramas y por lo menos siete chistes buenísimos."

Muy pronto llegó el lobo. Su barriga rugía todavía más fuerte: *¡RUM-RUM-RUM!* Tocó tres veces. *Toc. Toc. Toc.*

"Cerditos, cerditos, ¿me dejan entrar?"

Los hermanos respondieron juntos: "¡Ni aunque lo pidas con tu mejor sonrisa!"

El lobo estiró los hombros. "Entonces soplaré y soplaré, ¡y su casa derribaré!"

¿Listos otra vez? Ahora necesitamos un respiro más grande. Uno... dos... ¡tres! *¡FUUUUUUUUUU!*

Las ramas giraron por el aire como bastones de baile. Los dos cerditos salieron rodando por la puerta trasera, todavía con el tambor y con uno de los mejores chistes, y corrieron hasta la casa de ladrillos de su hermana.

Ella abrió antes de que alcanzaran a tocar.

"Escuché los soplidos. Entren y ayúdenme a cerrar las ventanas."



El lobo subió la colina. Su estómago sonaba como un trueno dentro de un armario: *¡RUM-RUM-RUM!* Tocó tres veces. *Toc. Toc. Toc.*

"Cerditos, cerditos, ¿me dejan entrar?"

Los tres cerditos se pararon juntos. "¡Ni aunque lo pidas con tu mejor sonrisa!"

El lobo clavó las patas en el suelo. "Entonces soplaré y soplaré, ¡y su casa derribaré!"

Una última vez. El respiro más grande de todos. Uno... dos... ¡tres! *¡FUUUUUUUUUUUUU!*



Las ventanas temblaron. La chimenea tosió. Una maceta se tambaleó. Pero la casa de ladrillos no se movió ni un poquito.

El lobo sopló otra vez. Y otra vez. Sopló hasta que sus orejas aletearon y su cola quedó estirada detrás de él. Aun así, la casa siguió firme.



"¡Todavía no he terminado!", gritó el lobo.

Vio la chimenea y empezó a trepar.

Dentro de la casa, la tercera cerdita escuchó *ras*, *ras*, *ras* sobre la chimenea. Les susurró a sus hermanos:

"Tengo un buen plan."

El primer cerdito estiró una sábana frente a la chimenea. El segundo puso un cojín debajo. La tercera abrió la compuerta.



El lobo cayó por la chimenea.

¡PLOF!

Cayó justo en la sábana. Los cerditos lo hicieron rebotar una vez, dos veces, tres veces, y lo lanzaron por la puerta abierta hasta un arbusto suave de moras.

"¡Ay!", dijo el lobo. "¡Eso pincha!"

Los cerditos intentaron no reírse. No lo lograron.



El lobo salió del arbusto cubierto de hojas y moras moradas. Su barriga hizo un ruido pequeño y triste.

La tercera cerdita miró a sus hermanos y luego miró al lobo.

"Podías pedir comida sin amenazar nuestras casas."

"Sí pedí", refunfuñó el lobo.

"Preguntaste después de olfatear nuestras ventanas", dijo el primer cerdito.

"Y no trajiste postre", añadió el segundo.

Las orejas del lobo se inclinaron.

"Supongo que mis modales fueron... demasiado ventosos."

Entonces los cerditos le propusieron un trato. El lobo los ayudaría a reconstruir las casas de paja y ramas como pequeños salones de música, y ellos compartirían su sopa de verduras y su pastel de moras.

Trabajaron juntos durante toda la semana.

Suish, *suish*. *Tac*, *tac*. Ladrillo por ladrillo.



Cada noche, el primer cerdito tocaba el tambor, el segundo contaba sus mejores chistes, la tercera planeaba el trabajo del día siguiente y el lobo cantaba una armonía sorprendentemente bonita.

Desde entonces, cuando los problemas tocaban a la puerta, los tres cerditos recordaban las palabras de su mamá: un buen plan es más fuerte que un rugido, y todo sale mejor cuando los amigos construyen juntos.

Y si escuchan con atención durante una noche de brisa, tal vez todavía puedan oírlos cantar desde la casa de ladrillos sobre la colina:

"Un ladrillo, un respiro, un amigo a la vez."